

## El regreso liberal. Más allá de la política de la identidad

**Mark Lilla**

Traducción de Daniel Gascón

Penguin Random House, Barcelona 2018

**Imanol Zubero Beaskoetxea** · imanol.zubero@ehu.eus

UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO (UPV/EHU)

Recibido: 18/06/2018

Aceptado: 22/06/2018



Muy distinta es la perspectiva de Mark Lilla, aunque su objetivo sea similar al de Jullien: combatir la tendencia a la disgregación que se deriva de la sobreafirmación de la identidad como vivencia diferenciada.

La reflexión de Lilla se sitúa expresamente en el momento-Trump, que ha trastocado la política y la sociedad estadounidenses. Lilla considera que el liberalismo (el progresismo) estadounidense sufre una crisis de imaginación y de ambición políticas, que es también y sobre todo «una crisis de vínculo y de confianza por parte del público». A su juicio, tras el agotamiento, en la década de 1970, del ciclo iniciado con el New Deal de Roosevelt, los liberales han sido incapaces de ofrecer al electorado «una imagen de cómo podría ser nuestra forma de vida compartida», cosa que sí ha logrado la derecha estadounidense a partir de la elección de Ronald Reagan, con su utopía de «un Estados Unidos más individualista en donde las familias, las pequeñas comunidades y las empresas florecerían una vez quedarían libres de los grilletes del Estado». Una utopía «antipolítica», que ha alimentado el populismo radical del Tea Party y ha llevado a un personaje como Trump a la Casa Blanca, pero que ofrece a muchos estadounidenses una idea de comunidad, de nación, de país, a la que los liberales han renunciado.

Porque —y este es el núcleo del diagnóstico de Lilla— la respuesta de los liberales ante el triunfo de Reagan fue subirse en la ola de los movimientos sociales de los años Sesenta, asumir su eslogan de que «Lo personal es político» y centrar toda su estrategia en la política de la identidad: «La ciudadanía salió de la imagen. Y la gente empezó hablar de sus identidades personales en términos del homúnculo interior, una cosa única y pequeña compuesta de partes teñidas de raza, sexo y género. El desafío de John F. Kennedy, “¿Qué

puedo hacer por mi país?”, que había inspirado a la generación de los primeros años sesenta, se hizo ininteligible. La única pregunta con sentido era profundamente personal: ¿qué me debe mi país en virtud de mi identidad?». En lugar de responder a la antipolítica conservadora con «una visión imaginativa y esperanzada de lo que compartimos como estadounidenses y de lo que juntos podríamos conseguir», los liberales se extraviaron «en la maraña de la política de la identidad», empezaron a desarrollar «una retórica resentida y fragmentadora de la diferencia» y «desarrollaron un desdén» hacia la gente corriente («votantes centristas de clase obrera») que habitan, en gran medida, una América tradicional, rural, patriótica, religiosa.

De este modo, «durante dos generaciones Estados Unidos ha carecido de una visión *política* de su destino. No existe una visión conservadora, ni una liberal, sino solo dos cansadas ideologías individualistas intrínsecamente incapaces de discernir el bien común y unir el país para asegurarlo en las circunstancias presentes». El campo político y social ha estado dominado por «dos ideologías que alientan y hasta celebran deshacer ciudadanos. En la derecha, una ideología que cuestiona la existencia del bien común y niega nuestra obligación de ayudar a los conciudadanos, mediante la actuación del Gobierno si fuera necesario. En la izquierda, una ideología institucionalizada en universidades que fetichiza nuestros vínculos individuales y de grupo, aplaude la absorción en uno mismo y arroja una sombra de sospecha sobre cualquier invocación de un «nosotros» democrático universal».

Aunque este énfasis en la identidad no carece de elementos positivos («Ha animado a las disciplinas académicas a ampliar el alcance de sus investigaciones para incorporar las experiencias de amplios grupos que habían sido algo invisible, como las mujeres y los afroamericanos»; «Hay una buena razón por la que los liberales prestan una atención extra a las minorías, puesto que son las que tienen más posibilidades de ver violados sus derechos») Lilla considera que ha alimentado un interés obsesivo por la introspección, la autonomía individual, la autodefinición, los derechos individuales y la crítica acerva de los procedimientos y las instituciones democráticas. «El liberalismo de la identidad —denuncia— expulsó la palabra “nosotros” a las tinieblas exteriores del discurso político respetable. Pero no puede darse un futuro a largo plazo para el liberalismo sin ella», porque «“Nosotros” es donde empieza todo». Y por aquí, por la recuperación de una idea y un proyecto colectivos es por donde debe empezar el regreso liberal.

Para ello, propone recuperar un liberalismo cívico que apele, más allá de las identidades particulares y sin negar la relevancia de estas, a la condición compartida de ciudadanas y ciudadanos, a la ciudadanía política como estatus inclusivo que nos habla de «una solidaridad que trasciende los vínculos identitarios».